

LOS PARTIDOS POLITICOS EN FRANCIA DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La noción de «partido» es muy especial en Francia; esta palabra, utilizada en la economía política moderna, tiene significaciones muy distintas, según los países. Cuando se evoca los partidos republicano y demócrata americanos se habla de agrupaciones que se oponen, pero que también se asemejan. Existen partidos que en realidad son *clubs*, y otros que forman una especie de iglesia. Por todo ello, es necesario precisar el concepto de «partido» en Francia.

EL CONCEPTO DE «PARTIDO» EN FRANCIA

Como hemos escrito hace algunos años (1), para dar una definición de «partido» podríamos decir que es una agrupación organizada para participar en la vida política, con miras a conquistar parcial o totalmente el Poder y hacer prevalecer las ideas e intereses de sus miembros. En este sentido, Charles Seignobos, el gran doctrinario laico republicano francés, ha podido escribir que en Francia, durante la Tercera República, no había habido, exceptuando los partidos socialistas y comunista, una verdadera organización de partidos en el terreno electoral; esto por lo que se refiere al país. Existían, desde luego, grupos en el Parlamento, y en el país. Comités. Pero la opinión permanecía simplemente dividida en tendencias vagas, aunque poderosas, «resumidas en una oposición de sentimientos entre dos conceptos inconciliables de la vida social y política».

(1) «Los partidos políticos en la Francia de la postguerra». *Arbor*, números 55-56, julio-agosto, 1950.

En realidad, la noción de «partido» nació en Francia casi por azar; la Tercera República había permanecido mucho tiempo fiel a las ideas nacidas de la Revolución, según las cuales, siendo cada diputado representante de toda la nación, no era admisible que un «cuerpo intermediario», como el partido, se interpusiera entre él y el pueblo. Esta noción se conservó muy viva en las primeras generaciones de la Tercera República; por esto, todo el tiempo que Brisson presidió la Cámara no toleró que un orador tomase la palabra «en nombre de su grupo»; a lo sumo, le permitía hablar «en nombre de cierto número de sus amigos». El nombre mismo de «Delegación de las Izquierdas», que agrupó a los republicanos laicos unidos contra la política de los conservadores desde 1902 a 1904 y que impuso, gracias a su disciplina, las diversas leyes laicas que dieron a la Tercera República su verdadera fisonomía que continúa todavía en la Cuarta— fué muy mal acogido en Francia. Los diversos grupos políticos que se formaron a partir de 1900 evitaron con cuidado titularse «partidos»; hubo, en efecto, la *Alianza Democrática*, la *Federación Republicana*, la *Acción Liberal Popular*, todos ellos en realidad «partidos», pero que no querían tener este nombre. François Goguel, en su estudio sobre *Les Partis de la IV^e République*, publicado en la revista *Politique* (octubre de 1947), cita estas palabras del radical Alain: «Si se ha prestado juramento a un Jefe, es decir, la muerte del pensamiento, es un partido, y si no, una máquina de pensar en común, en grupo, por orden. El individuo únicamente puede pensar libre y sólo, porque el pensamiento es atributo específico del individuo». El antiguo anarquismo francés —podríamos decir latino— recupera aquí sus derechos. El partido, en esta época, era enemigo del «pensamiento político libre».

Sin embargo, en la extrema izquierda se organizaban grupos de inspiración marxista en su totalidad; ellos son los que han introducido la noción moderna del «partido», de su disciplina, su organización, sus cuadros rígidos. Se debe esto, según nuestra opinión, a diversas causas: una de ellas es interna y proviene del espíritu marxista, que está mucho más «militarizado» de lo que se cree generalmente; basta leer con atención a Marx y sus adeptos. Allí se habla del «ejército de los trabajadores», de la «disciplina de los obreros», de la «lucha de clases», conceptos que exigen una organización rígida, de cuadros omnipotentes que encarnan al proletariado «portador de una misión histórica».

El factor leninista y, sobre todo, staliniano, desde que existe la U. R. S. S., ha reforzado hasta el extremo estas tendencias militaristas de la organización totalitaria de los trabajadores. Otra causa, esta vez externa, es que en la Cámara francesa la extrema izquierda era, generalmente, víctima de los desplazamientos de la mayoría; de los cuadros de esta extrema izquierda salían con frecuencia militantes para intentar una brillante carrera individual; citemos como ejemplo a Millerand y a Briand. La disciplina se reforzó y de este modo nació en los grupos socialistas y comunistas la idea del partido moderno, disciplinado y organizado.

Quien estudie la política francesa anterior a la guerra quedará sorprendido ante la abundancia de partidos; había, en efecto, más de veinte grupos que pretendían representar cada uno una concepción distinta de la política y del Estado. Al pensar en otros regímenes parlamentarios, el de Inglaterra por ejemplo, en donde dos o, a lo sumo, tres grandes partidos suben alternativamente al poder, se tiene la impresión de que Francia es algo ingobernable. En realidad, esta impresión procede de la falsa noción de «partido»; los Gobiernos franceses eran todos, realmente, Gobiernos de coalición; centro y derecha, centro e izquierda, izquierda y extrema-izquierda. Y nuevamente se producía esta coalición en el momento de elegir los diputados. El estudio de las estadísticas electorales demuestra que, en realidad, cada diputado era elegido con votos suplementarios, obtenidos de grupos vecinos en la segunda vuelta, mediante «acuerdos» y «combinaciones». Esto permitió a Maurice Duverger establecer una ley sociológica en la *Vie intellectuelle* de octubre de 1946: «El escrutinio mayoritario en dos vueltas da lugar a partidos múltiples e incoherentes». Ningún «partido» antes de 1939 podía, por sí sólo, dar el triunfo a un candidato en una circunscripción determinada; y, por otra parte, ocurría que los elegidos del mismo «partido» seguían en el Parlamento políticas de orientación muy diferente, exigidas las más de las veces por la composición de la coalición que les había elegido. Podían, además, cambiar de partido, proclamarse independientes, evolucionar con miras a la próxima reelección, que era, antes de 1939, el factor que más influía en la actitud de los hombres políticos de la Tercera República.

Hay que destacar, por otra parte, que estos cambios de política de «partido» correspondían y precedían con frecuencia a

los mismos cambios del cuerpo electoral; los parlamentarios «barrruntaban el temporal», como suele decirse, y pedían a sus electores que ratificasen la nueva evolución que habían hecho. Esto daba al régimen una extraordinaria flexibilidad; combinaciones de personas, en número ilimitado, permitían a la Tercera República adaptarse prácticamente a las circunstancias más diversas.

Pero estas diferencias eran superficiales y aparentes; encubrían una realidad profunda que dividía —y divide aún— a Francia en dos corrientes, dos masas, dos polos, que para conservar una terminología cómoda y fácil llamaremos la «derecha» y la «izquierda».

IZQUIERDA Y DERECHA

Estamos, efectivamente, en presencia de dos ejes permanentes, rígidos, en torno a los cuales se ha inscrito la curva móvil y a veces desordenada de la política parlamentaria francesa. Emmanuel Berl, en *La Politique et les Partis* (París, 1932), y François Goguel, en su reciente libro *La Politique des Partis sous la III^e République*, lo demuestran claramente: la evolución política de Francia, desde 1871 a 1939, se explica por la existencia de estas dos tendencias opuestas, la Derecha y la Izquierda, el partido del Orden establecido y el del Movimiento, monarquía y república, catolicismo y laicismo. Como escribe Berl: «Un hombre de izquierdas es un hombre hostil a las jerarquías y preocupado por conservar su vinculación con la Revolución francesa...: el hombre de derechas es el que se pone al lado de las jerarquías, el que se adhiere sencillamente a un determinado sistema de valores, ni más ni menos que el hombre de izquierdas. Los dos sistemas difieren, esto es todo» (pág. 198). En el temperamento francés esto es algo que no se decide, que no se razona, sino que preexiste a toda reflexión, a toda decisión, a todo razonamiento: se trata de un carácter sentimental que domina y dirige toda la política francesa. Berl dice: «Distingue a sus hermanos de sus enemigos en el sonido de la voz, en una calidad indecible del lenguaje y de la imaginación. Jaurès ha encarnado tan bien al hombre de izquierdas en este país que puede decirse que el hombre de izquierdas es, en primer lugar, el que se parece a Jaurès. Una determinada preferencia de los seres a las cosas, cierta alegría de vivir, una especie de lirismo, cierta fe en los avances de

la razón, una gran delicadeza con los humildes..., esta mezcla de una razón cartesiana y un sentimentalismo romántico, esta devoción simultánea por la lógica y por el corazón» (pág. 204). Pero no olvidemos que Berl fué también un hombre de izquierdas, pues así comprenderemos mejor este lirismo enternecido.

«La derecha, la izquierda —dice León Berard—, viejas palabras absurdas y mágicas que han actuado sobre nuestros destinos mucho más que toda la filosofía de Taine y los cursos de Ciencias políticas.» Y André Siegfried ha podido afirmar que existe una «actitud mística hacia la izquierda análoga a las de los mahometanos hacia la Meca».

A la inversa, el hecho es bien conocido, nadie quiere ser de derechas. Existen «independientes de izquierda», pero no hay «independientes de derecha», sino que son independientes simplemente. Antes de la guerra, dos de los grupos del centro más moderados se denominaban: uno «republicano de izquierda», y el otro «izquierda radical». Actualmente, la misma atracción por la izquierda —mucho más fuerte, dado que la política se orienta hacia la derecha— se manifiesta por la moda de la palabra «social». Versión contemporánea del izquierdismo, lo social se encuentra en todas las bocas y sobre todos los bancos. El partido campesino se denomina «unión social» y de los dos grupos procedentes del R. P. F. es éste, el que en su apariencia, es más social y más republicano que el otro. Si es fácil clasificar a las personas y los grupos en izquierda o derecha, es mucho más difícil definir estas dos expresiones y los temperamentos políticos que cubren.

Podemos preguntarnos si la izquierda representa el optimismo, la fe en el hombre y el porvenir, la libertad. Y si la derecha es el pesimismo, la fe en la sociedad y el pasado, la autoridad. Si la izquierda es la razón pura y la derecha la experiencia adquirida. Si se es de izquierda cuando se está contra los poderes y las jerarquías, y de derechas cuando se está en pro de ellos. Entonces, el liberalismo sería la izquierda, y el comunismo la derecha. Más trivialmente podría pensarse que se es de derecha cuando se considera lo que se posee, y de izquierdas cuando se mira lo que poseen los demás. Entonces, cada individuo y cada partido sería a la vez de izquierda y de derechas, porque como ya se ha dicho, hay menos diferencias entre dos hombres que entre el mismo hombre en dos momentos de su vida o de su jornada. Combi-

nando, por último, lo ideal y lo real se ha podido llegar a decir que «el viejo fondo sobre el que vivimos ampliamente todavía, es un sistema de personas satisfechas, políticamente de izquierdas y socialmente de derechas».

En definitiva, la derecha y la izquierda no pueden analizarse ni definirse, sino que se conocen y se sienten, pero para que esta distinción determine más una reacción instintiva que una posición razonada, es cuestión de sentimiento y no de lógica. Y por esto es por lo que en un mismo partido existen hombres de dos temperamentos que profesan, no obstante, las mismas opiniones, o quizá emitan los mismos votos y permanezcan juntos mientras todo parezca separarlos. Por esto es por lo que también un mismo partido puede ser a la vez de izquierda y derecha, porque sus posiciones, sus reacciones respecto a cada uno de los grandes problemas no se inspira necesariamente del mismo espíritu. Existe una izquierda política, una izquierda social y una izquierda escolar, y otro tanto sucede en las derechas.

Así, el M. R. P. está clasificado social y políticamente como de izquierda, y es derecha cuando reclama una ayuda para la enseñanza libre. El partido radical se considera como de izquierda porque es partidario de las instituciones parlamentarias laicas, pero es de derechas, porque, salvo excepciones, se rebela contra las reformas sociales y económicas.

LOS PARTIDOS DE LA DERECHA

La derecha francesa, hasta ahora, de 1945 a 1957, tiene vergüenza de sí misma. Ya no existe el «partido conservador» o la «unión de derechas», sino un partido «republicano de la Libertad», «independientes» y sobre todo «sociales». Después de treinta años la derecha no se muestra con el rostro descubierto, y finge su lenguaje y su programa a la izquierda de la antevíspera. Además, presenta ese rasgo común a la política francesa, la multiplicidad de partidos divididos también entre sí. Se puede clasificar en la derecha a cuatro grupos parlamentarios, pero entre otros situados en el centro o en la izquierda se encontrará también un gran número de personas de derecha, y con frecuencia las más decididas: entre los radicales, los republicanos populares y los mismos socialistas. Las clasificaciones políticas han sido trastor-

nadas por la llegada del comunismo, el fascismo, Munich y después, la ocupación alemana. Ahora, cada uno de los partidos oculta un pequeño hemicidio. Y si se emplean estas cómodas palabras de derecha e izquierda, debe hacerse con el cuidado de corregirlas en la medida de la significación. Diseminada, enmascarada, no obstante, existe. La derecha, paradójicamente muestra su poder por la facilidad con la que adopta expresiones y aspectos distintos y los rechaza después de algunos meses de uso. Es increíble las distintas apariencias que la derecha ha adoptado después de la Liberación. Dejando a un lado los elementos demasiado comprometidos por la ocupación, las masas de derecha han encontrado con un instinto notable, en cada ocasión electoral, el apoyo más favorable en estas tres ocasiones:

1.^a La primera, que podría llamarse de rehabilitación, estuvo señalada por el éxito fulminante del M. R. P. en 1946, con un 28,1 por 100 de votantes. Personas honorables, buenos cristianos que habían participado en la resistencia, eran un refugio ideal contra los temidos desórdenes. El M. R. P. se consolidó, y los sacrificios que pedía parecieron entonces necesarios. Los electores de derecha olvidaron con frecuencia todos los horrores escuchados desde siempre sobre los rojos cristianos, para fortificar el único gran partido, en aquel momento capaz de resistir al comunismo.

2.^a Dos años más tarde, el M. R. P. causa una decepción y es el General De Gaulle el que surge como uno de los más firmes pilares, lo que supone en 1947 el 38 por 100 de los votos: ya se está más cerca de la cristalización fascista, pero De Gaulle tampoco es el hombre adecuado, y por otra parte, el peligro comunista disminuye. La derecha vuelve a sus costumbres y sus hombres de otras épocas.

3.^a La tercera etapa fué el éxito de las listas *apparentées* del Centro en las elecciones de junio de 1951. Pinay sube al poder, y este Jefe de los franceses medios parte en dos el ejército del General: la mayor parte del R. P. F. se une a la coalición dirigida por los independientes (2).

Del 5 al 8 de diciembre de 1954 tuvo lugar en París un importante acontecimiento, con motivo del I Congreso Nacional de los «Independientes». Estos estaban unidos a los independientes

(2) Véase sobre esto el estudio de JACQUES FAUVET: «Les partis et les pays», en *Synthèses*, diciembre 1953, núm. 91, págs. 97-115.

labradores, la Acción Republicana y Social, que estaba compuesta por antiguos R. P. F. más flojos y procedentes de la ortodoxia gaulista, y después por la Alianza Democrática. Practicar el método de los congresos nacionales es afirmar que se está en un partido y aceptar las servidumbres y virtudes de la organización. La derecha clásica descubre por vez primera en su historia que el individualismo, la multiplicación de los grupos y los pequeños grupos, la negativa de las disciplinas establecidas y las doctrinas definidas en política son causas de impotencia y explican en el pasado la esterilidad de la pura derecha. El acontecimiento pudo ser de una mayor importancia en la vida pública francesa.

Las fuerzas, convertidas así en partido, se han enraizado sólidamente en el país y en el parlamento. Los independientes y sus aliados de la A. R. S. forman el grupo más importante de la Asamblea Nacional y existen unos doscientos parlamentarios en esta unión derechista. No obstante, queda por saber si este partido tiene jefes o un jefe, una doctrina y un programa.

La derecha clásica, para ser un partido, debe tener una doctrina y un programa, inspirando uno al otro. No sin fanfarronería M. Pinay ha reivindicado para él y sus amigos los nombres desdichados de «notables», reaccionarios y conservadores, porque quien tiene responsabilidades es obligatoriamente un notable, y cualquier situación histórica lleva consigo valores que conservar y locos impulsos contra los que hay que reaccionar. Como se decía en la época de Luis Felipe, es escoger la resistencia contra el movimiento. Pero una tendencia no es una doctrina, y M. Delbez, cogiendo las cosas desde más arriba, ha colocado esta unión de derechas bajo el signo de la civilización cristiana.

El II Congreso Nacional de los Independientes y del Grupo de los Labradores se celebró en Versalles en 1956. Fué el Congreso de la unidad que borró algunas querellas del pasado. Tuvo una tendencia que Paul Reynaud denominó progresista y que demostró que la derecha francesa parece abandonar las antiguas etiquetas y considerar el porvenir con realismo tanto en lo referente a la política interior como a la política exterior. M. Jean Duchet lanzó la idea de renovación y de adhesión a una doctrina fundada en la defensa de la libertad por la lucha contra el comunismo y el estadismo, la restauración de la autoridad del Estado y la reforma de su estructura. M. Antoine Pinay insistió

sobre la actitud que debe adoptarse frente al comunismo y la necesidad de continuar la alianza atlántica, única garantía de seguridad.

LOS PARTIDOS CATÓLICOS FRANCESES

Hemos dudado en clasificar el M. R. P. (Mouvement Républicain Populaire) en la derecha; si sus tendencias democráticas le inclinan hacia la izquierda marxista, sus seguidores son en su mayor parte de derecha.

La revolución del 89 fué, ideológicamente, antirreligiosa. La república francesa se ha fundado en la lucha contra la religión. Las consecuencias son conocidas: unión de la tradición revolucionaria y el anticlericalismo, y de rechazo, alianza entre los enemigos de la Revolución y los defensores de la Iglesia. Podrá decirse que esto no tiene importancia en una época en la que existen demócratas-cristianos y socialistas que gobiernan juntos y de acuerdo. Es cierto que en el plan puramente político esta antigua división ha perdido su importancia, pero ha originado modificaciones sociales y religiosas muy profundas que condicionan la expresión política. La gran sacudida revolucionaria ha destrozado en Francia las antiguas estructuras de cristiandad. La emancipación cívica, después la emancipación obrera, se han hecho fuera y a menudo en contra de la Iglesia. Por reacción, la aristocracia y la burguesía genuinas, comerciales e industriales se vuelven hacia la Iglesia e identifican su causa a la de ellos. En algunas regiones, y quizá en algunas ciudades, la religión tiende a convertirse en un hecho de clase. La descristianización de la sociedad francesa y la llegada de ese clericalismo de clase, que ha sido y es un clericalismo sin Dios, con mucha frecuencia, se han traducido por una descristianización de las masas francesas, del cual, el resonante libro de dos sacerdotes obreros, titulado *Francia, país de misión*, ha dado a conocer su amplitud.

La consecuencia muy natural, de esta transformación, ha sido comentada sin cesar por Bernanos: «En Francia no hay opinión católica» —es decir, que los católicos se comportan según su fe en cuanto al culto y más o menos en sus costumbres privadas; pero en el aspecto de las costumbres sociales, las relaciones entre las clases, los partidos, las naciones, en el plan de los juicios históricos y políticos, la mayor parte de los católicos franceses reac-

cionan de forma laica, es decir, según sus prejuicios y sus propios intereses. Por todo ello, puede comprenderse lo difícil de valorar la importancia real de las fuerzas cristianas y que la misma noción de *fuerza cristiana* no es exacta. En Italia, en Austria, en Alemania, los católicos se han agrupado naturalmente en partidos populares. Pero hay que tener en cuenta este adjetivo, que se ha adoptado en Francia por el «Partido demócrata popular», y después por el M. R. P. Pero si esto ha parecido justificado en los años confusos de 1944-1945, parece actualmente inadecuado. No existe, no puede existir en Francia, excepto en dos regiones, Bretaña y Alsacia-Lorena, un partido católico de masas, de movimiento cristiano popular, como en Italia, o en Alemania, porque el catolicismo ha perdido en Francia su base sociológica de otras veces.

Los electores católicos en Francia no están nunca identificados con un partido de tipo más o menos confesional. Seguramente, en los últimos años muchos de ellos han votado al M. R. P., pero mucho más numerosos son los que se vuelven de nuevo hacia el partido de derechas, moderados o gaullistas; algunos han votado y seguirán votando al radical o al socialista, y es probable que incluso un pequeño número de ellos hayan votado al partido comunista... En esto reina una oscuridad difícil de salvar.

El éxito obtenido por el M. R. P. en las elecciones de 1945 y 1946 representa una verdadera revolución en la vida política francesa. La masa católica lanzada hacia la derecha por el anticlericalismo de la izquierda, y habiendo actuado regularmente en todas las causas tan discutidas (antidreyfusismo, acción francesa, las ligas y el petenismo), ha vivido prácticamente al margen de la vida política. Es cierto que sobre ella pesaba con todas sus fuerzas su peso sociológico, pero ejercía su influencia por intermediarios cambiantes, que a veces incluso no eran de su religión. Los católicos actuaban, en suma, sobre el Parlamento, como ningún otro grupo profesional y su fin era hacer reconocer su existencia y proteger a los que consideraban eran de interés en la votación. Con el M. R. P., por vez primera los cristianos se integran en masa «como cristianos» en la vida política. La llegada de Georges Bidault a la presidencia del C. N. R. en 1943 es una fecha histórica. En junio de 1946, con 5.589.059 votos, el M. R. P. agrupó los sufragios del 28,1 por 100 de los votantes. Lo proporcional le permitió escapar de las coaliciones de derecha y de iz-

quierda. El voto de las mujeres le proporcionó un complemento considerable (la proporción de las mujeres que frecuentan los sacramentos es cuatro o cinco veces superior a la de los hombres). Un porvenir inmenso parecía abierto ante él, pero en las elecciones municipales de 1947 perdió los dos tercios de sus votos en beneficio del R. P. F. La ilusión se disipó y de nuevo se demostró que la masa católica francesa prefería expresar sus intereses económicos y sociales por mediación de un partido de derecha, mejor que confiarse por simpatía ideológica, a un partido de inspiración cristiana, aunque fuera poderoso. El M. R. P. ha sido reducido brutalmente al 8,5 por 100 de los sufragios, pero en estas condiciones completamente desfavorables, ya que el voto se hacía en el plano municipal, no ha podido implantarse lo suficiente. Esta caída es el signo de un declinar que reducirá el M. R. P. a las modestas proporciones del partido demócrata popular de antes de la guerra (con 2,6 por 100 de votos en 1936). El M. R. P. ha cometido, precisamente, la grave causa de sacrificar el porvenir al presente. Llegado al poder por los votos de una amplitud inesperada, se ha absorbido en las tareas urgentes para las cuales estaba poco preparado. Era necesario crear una doctrina, formar los cuadros dirigentes, realizar un trabajo de propaganda y organización, y era previsible que una vez pasados los entusiasmos de la Liberación la masa católica volviese con todo su peso sociológico a los partidos de reacción. El M. R. P. ha preferido el equívoco: partido de izquierda por sus cuadros activos y sus mejores militantes, partido de derecha por una masa de electores que veían en él el más sólido bastión anticomunista, y para disimular esta ambigüedad fundamental, utilizar un lujo de fórmulas conmovedoras según la vieja costumbre de los demócratas-cristianos (3).

(3) Véase «L'expérience du M. R. P.», en la *Vie intellectuelle*, mayo 1948; J. FAUVET: *Les Forces politiques en France*, Ed. le Monde, París; GEORGES HOURDIN: *Les Chrétiens et la Politique*, Ed. du Temps Présent; JEAN-MARIE DOMENACH: «Les forces chrétiennes», en *La Nef*, abril-mayo, 1951, núm. 75-76.

EL PROBLEMA MONÁRQUICO EN FRANCIA

Desde 1944, ya no existe la *Acción Francesa*. La muerte de Charles Maurras lo fué también para este movimiento político, que sólo mencionamos como un homenaje. Continúan existiendo una familia espiritual, huérfana, dispersa, viva, que debe mucho a la «Acción Francesa». Una familia espiritual que no ha dejado de esperar esa alianza de lo nacional y lo social, de la cual Maurras fué el primero que planteó sus bases y formó el proyecto explícito, hace más de cincuenta años. Una familia espiritual en la que se advierte esa alianza bajo la forma de una contrarrevolución, pero no de una revolución contraria a esas que se han padecido en Francia, sino lo contrario a una revolución.

La Acción Francesa era un movimiento monárquico. Además de su influencia intelectual y moral rindió servicios políticos de importancia nacional en numerosas ocasiones. Pero no hizo nunca la monarquía. Ninguna monarquía hereditaria ha sido nunca instaurada o restaurada por un movimiento político, por un partido, y todavía menos por una escuela intelectual. Esto no se ha visto nunca en la historia, argumento que no es decisivo ni mucho menos, y que en todo caso puede ser maurrasiano. Los gobiernos fundados por un movimiento intelectual y político no son nunca gobiernos monárquicos, sino que son democráticos, como ha sucedido en 1789-1794; son comunistas, como ha sucedido en la U. R. S. S., y son fascistas como ha sucedido en Alemania e Italia. El único tipo de régimen que no ha sido nunca establecido por un movimiento colectivo es precisamente la realeza. Parece cierto que tenemos aquí una constante histórica. Los movimientos políticos que llegan a fundar un gobierno nuevo, no fundan un gobierno monárquico; y los movimientos realistas, incluso cuando llegan a participar del poder, como en los orígenes de la III República, no consiguieron establecer al Rey. Por esto es por lo que Maurras señaló que la Acción Francesa no era un «partido». Y en la actualidad queda un estado de espíritu, una forma de vida que todavía tienen un poco de influencia en Francia, pero que, hay que reconocerlo, desaparece rápidamente en el torbellino de las ideologías nuevas.

EL PENSAMIENTO DE LA IZQUIERDA

Al parecer, después de diez años, se asiste en Francia a una especie de desaparición del pensamiento de «derecha» y a un cierto predominio del pensamiento de «izquierda». Es necesario señalar, ante todo, que lo que aparece vivo en un pensamiento de «izquierda» no tiene nada de común con la izquierda clásica, racionalista y optimista, confiada en el progreso por la libertad. Las mismas palabras han cambiado el sentido; la democracia, cuando se califica de progresista, es un régimen totalitario. Pero ésta es la que polariza el mayor número de escritores de izquierda. La izquierda intelectual, la que va desde *Temps Modernes* de M. Sartre a *Esprit*, se diversifica en una serie de capillas mal definidas repartidas entre un socialismo más o menos trotskista, un anarquismo de distintos aspectos y un cristianismo progresista muy marcado de marxismo.

Para comprenderlo mejor sería oportuno repasar la historia del medio siglo que se acaba. Comienza bajo el imperio intelectual de la «izquierda». La víspera de 1900 lo que reina es el espíritu de la «Revue Blanche», en la que el socialismo y el anarquismo hacen buena pareja, y en la que Leon Blum se expresa a su gusto. Pero la ascensión de la influencia de la «Action française» es rápida, mientras el renacimiento católico es también fulgurante. Influencias individuales como las de Peguy y Claudel van en el mismo sentido. La víspera de 1914, la dominante intelectual es «de derecha» y lo mismo ocurrirá después de la guerra de 1914. Gide lo ha presentado muy bien y ha pertenecido a la «Action française». Y Jacques Rivière al reconstituir después de 1918 la «Nouvelle Revue Française» que iba a convertirse en el origen de la «izquierda», está dominada, no obstante, por influencias de «derecha»: clasicismo en literatura, catolicismo tradicional, etc. Hasta 1930, el imperio intelectual de la derecha sigue dominando, pero se desplaza de la «joven literatura» hacia la Academia. La «Nouvelle Revue Française» se ha pasado claramente a la «izquierda». La derecha se renueva mal en cuanto a las obras de imaginación, pero cuenta con los equipos de Brasillac, Thierry-Maulnier, etcétera. La víspera de 1939, muchos de los jóvenes se orientan hacia esta derecha y actualmente se les encuentra en distintos horizontes. Claude Roy y otros muchos se han pasado al comunis-

mo. Jacques Laurent dirige «Arts»; todos ellos, la víspera de la guerra eran las esperanzas de la derecha francesa. Al llegar 1945 y los años siguientes no queda una revista de derechas en los medios literarios. Los cuadernos *Verbe* se sitúan en un plano exclusivamente religioso. La «Table Ronde» solamente ha sido un órgano puramente literario, y Mauriac, que la patrocinaba, rodeado de hombres jóvenes que se balancean entre la anarquía y la derecha, se ha inclinado hacia «L'Express». Hay un vacío indudable aquí, vacío que se siente especialmente en los debates doctrinarios públicos y en la radio, por ejemplo.

Este vacío se traduce por una debilitación del poder, y André Siegfried lo estudia de la forma siguiente: «En el siglo XX, la actitud de la izquierda se ha modificado completamente. La ideología socialista, que es la que ha adoptado cada vez más, tiende no a la limitación, sino a un reforzamiento del Estado, del que se espera, por las leyes sociales, la protección del individuo. Las guerras, por otro lado, han acarreado un desarrollo extravagante del poder público, llevado por las circunstancias a poner la mano en la gestión, cada vez más totalitaria, de los asuntos de la nación. Nadie, al menos de izquierda, habla de esta dimisión del Estado que consideraron con optimismo los republicanos de la escuela de Jules Simon. Pero por una contradicción especial, esta misma izquierda, por costumbres, por desconfianza quizá, y en el fondo por doctrina, continúa manteniendo lo ejecutivo en estado de inferioridad con relación a lo legislativo. La IV República, con su régimen de conjunto, exagera aún más esta debilitación del poder» (4).

EL PARTIDO RADICAL

El partido llave de la política francesa es el partido radical. De hecho, partido revolucionario y «rojo», partido de extrema izquierda en sus principios, el partido radical, después de la desaparición del oportunismo, se ha convertido en el partido del centro, en partido tricolor, en partido de gobierno, el único quizá que ha conocido Francia desde el comienzo del siglo, y como tal, por otra parte, hábilmente utilizado por las dinastías burguesas.

(4) En *Le Figaro* del 30 de octubre de 1956, bajo el título «L'autorité dans la démocratie».

sas para la protección de sus intereses. Ha gozado sabiamente de su posición clave, que también lo era para unirse a la derecha y a la izquierda y siempre con buenas razones aparentes, unas veces nacionales y otras sociales. Se ha creado una sólida clientela casi inamovible en las regiones de Francia que habían sido sucesivamente republicanas, orleanistas, bonapartistas y oportunistas, en algunas zonas de los campesinos y las pequeñas clases medias. Como su expansión ha ido a la par con la del Imperio francés, ha conseguido feudos en las colonias, especialmente en Indochina. Si no ha gobernado siempre, es cierto que nunca ha podido gobernarse sin él.

Hay que reconocer que la política gubernamental del radicalismo no ha carecido de grandeza, aunque casi siempre haya carecido de estilo. Ha sabido administrar, aunque no gobernar, y muchas veces ha demostrado mucho sentido nacional y valor cívico, mucho más que los partidos de derecha, y sobre todo que el partido socialista, tanto tiempo prisionero de sus ideologías y sus demagogias. Los hombres como Clemenceau o Caillaux no han retrocedido ante sus responsabilidades en ningún momento. Herriot, tampoco. Estos dirigentes han aceptado muchas veces la impopularidad, lo cual es un dato de gran política. El balance radical no es únicamente negativo. Pero los numerosos inconvenientes han compensado sus ventajas. La proximidad del poder corrompe, y el partido radical ha sido con frecuencia el partido de los escándalos, ya que algunos de sus miembros se encontraron complicados a veces en los embrollos político-económicos de la III República. Recordemos Panamá o el asunto Stavisky, entre otros. Pero sería injusto cargar al radicalismo con todos los pecados, aunque lleva, no obstante, su buena parte de ellos. El más grave, quizá, la obsesión gubernamental, la voluntad de quedarse disponible para todas las situaciones del panorama parlamentario, lo cual transformó el radicalismo en un pragmatismo oportunista desprovisto de aristas doctrinales. El radicalismo ha tenido programas que recordaban a la capa de Arlequín; nunca ha tenido doctrina y el intento de Alain se liquidó, a pesar del valor intrínseco del filósofo, por resultados que en el lenguaje moderno se calificarían de miserables. Sin doctrina, el partido radical no ha tenido proyectos ni mucho menos planes. Ha navegado en un presente perpetuo hecho de necesidades y oportunidades. Ha respondido por realizaciones inmediatas, con subvenciones, favo-

res o prebendas a las necesidades de los electores individuales sin remontar a las causas permanentes que determinan las necesidades sociales. Si gobernar es prever, realmente no ha gobernado, y es responsable de la paralización francesa en todos sus órdenes. Partido del escrutinio del distrito ha sido, según su lógica interna, el partido de la paralización. La única contrapartida de este inconveniente es que el radicalismo no ha sido paralizado por las consideraciones seudo doctrinales que han encumbrado el socialismo y la extrema derecha. Pero al parecer, entre el fanatismo doctrinal y la invertebración intelectual debe existir un justo medio.

Recientemente, Mendés-France ha intentado dar nueva vida a este partido; de ello ha resultado una escisión que corresponde a transformaciones sociológicas. La clientela rural del partido disminuye substituída por la clientela urbana. Las clases medias se transforman y se convierten en técnicas y asalariadas. Sociológicamente no hay gran cosa de común entre los jóvenes radicales que aclamaban en Lyon a Mendés-France, o persiguiendo a sus adversarios con rechiflas, y los viejos radicales formados en la corte de Mariana III. La escisión proviene de una incompatibilidad de humor. Es probable que cada grupo evolucione siguiendo su ley interna a no ser que sucedan reconciliaciones inesperadas.

Muy recientemente, la llegada al poder de Félix Gaillard, uno de los más jóvenes miembros del partido radical, ha dado a éste una nueva importancia política. Desde la muerte de Herriot, sucedida en marzo de 1957, el Partido radical tuvo escisiones profundas. El 21 de noviembre de 1957, Daladier, el viejo radical, el hombre de Munich y la declaración de guerra de 1939, fué elegido por unanimidad presidente de dicho partido, ya que Mendés-France no luchó por esta jefatura. Esta elección no atenúa para nada la profunda escisión que existe dentro del partido radical francés.

EL PARTIDO SOCIALISTA

Se trata de la S. F. I. O. (*Section française de l'Internationale Ouvrière*). Profesa el idealismo, cree en la bondad de los hombres y de las naciones, en la justicia y en la paz. Tiene el gusto específicamente francés del *confort* y predica, ante todo, la seguridad, seguridad individual, social e internacional. Como observa acertadamente Jacques Fauvet en su obra *Les partis politiques dans*

la France actuelle (Edit. du Monde, París, 1947) no es una espada, sino un escudo. Está compuesto esencialmente por profesores, con muy pocos obreros; su acción es bastante débil en el terreno social, porque se ve rebasado continuamente por el partido comunista. De aquí resulta para él una situación constantemente cambiante, equívoca; el marxismo es una llave ganzúa; pero, de hecho, lo han acaparado los comunistas, y el partido socialista va a la deriva. Bloqueado por el partido comunista, que le impide todo movimiento hacia la izquierda, está también bloqueado a la derecha por el M. R. P. y el R. D. G., con los que contrae alianzas políticas, lo cual quita, evidentemente, votos obreros, que van a parar al partido comunista, como consecuencia de la posición de aquéllos favorables al plan Marshall. Sus experiencias gubernamentales han sido enojosas; desde 1944 a 1957, el partido socialista se ha visto obligado a seguir una política que no era la suya; sacrificó igualmente, de 1944 a 1945, a muchos de sus militantes que habían combatido con el Gobierno de Vichy; eran socialistas honrados, estimados y cuya clientela fué sensible a la desgracia inmerecida que hería a sus jefes. Nada diremos acerca de los choques psicológicos que lo debilitan por el juego fatal de los acontecimientos; fué un Ministro socialista, Jules Moch, quien dirigió la más severa represión contra las estratagemas comunistas, por lo que le odian las masas obreras; son los escándalos llamados de los generales (Revers y Mast), los que comprometieron al partido socialista.

Algunas cifras nos libran de largas consideraciones, y éstas son las siguientes: 4.560.000 votos en las elecciones legislativas de 21 de octubre de 1945; 4.190.000 en las elecciones de 2 de junio de 1946; 3.340.000 el 10 de noviembre de 1946; 2.660.000 el 17 de junio de 1951. Sobre 100 electores de la S. F. I. O. en 1945 no quedan más que 56 en la actualidad. Las cifras de octubre de 1946 corresponden sin duda a un empuje excepcional debido a las circunstancias. Pero en 1936 y en 1932, el partido socialista había reunido el 20 por 100 de los sufragios y en 1951 no conservaba da ellos más que el 14 por 100.

Consideremos ahora a los miembros del partido y no a los simples electores. En 1946 eran 350.000 y actualmente apenas si quedan 110.000. En 1938 el partido alcanzaba los 275.000 adheridos y para encontrar los efectivos tan escasos como los de 1954, hay que remontarse al año 20 y a la crisis que siguió a la

escisión de Tours. Todavía en esta época la S. F. I. O. era un organismo vivo. En los años 1925 a 1928, en los que el partido tenía efectivos parecidos a los actuales, registró anualmente numerosas adhesiones nuevas, entre 20.000 y 50.000 por año. Cuando los efectivos descendieron, como sucedió en los años 1932 a 1934, es que la proporción de los primeros fué superior a la de los segundos. Más de 19.000 adheridos nuevos ingresaron en 1933, y más de 15.000 en 1934. Actualmente, esta renovación no existe. Las fuentes de reclutamiento están casi o completamente agotadas. En 1948 solamente hubo 708 nuevas adhesiones. En 1950 el partido afirmó haber registrado 5.000 adhesiones nuevas, pero el carácter impreciso de esta cifra da lugar a dudas. Desde 1951 no se ha vuelto a publicar cifra alguna, lo cual es sintomático. Los últimos congresos socialistas han registrado con satisfacción una detención de ingreso de adheridos. Es cierto que desde hace cuatro años, la piel de zapa se encoge más lentamente. Todo sucede como si la S. F. I. O. se hubiera replegado sobre sus militantes tradicionales, sobre sus tropas. Pero éstas envejecen y nadie ocupa los vacíos dejados por los que han muerto.

Hay que señalar que el partido socialista tiende a ser cada vez menos socialista y a convertirse en algo más semejante a lo que fué el partido radical bajo la III República. Es un partido de gobierno y la actuación de su Secretario general Guy Mollet lo demuestra claramente. En una cierta medida esta radicalización de la S. F. I. O. no es más que la forma nacional de un fenómeno general. Todos los partidos socialistas del mundo se han transformado en el mismo sentido y se han deslizado hacia la derecha. El fenómeno está más acentuado en éstos como el italiano y el francés, que han visto desarrollar sobre su izquierda un poderoso partido comunista, que absorbe la mayor parte de su clientela obrera. Pero se encuentra igualmente en el *Labour* inglés o entre los social-demócratas escandinavos, que no conocen apenas la concurrencia comunista; resultado del crecimiento del partido que se extiende hacia las clases medias, resultado además, de las transformaciones de estructuras que disminuyen progresivamente la proporción de obreros en las sociedades evolucionadas, en beneficio de la proporción de empleados, de cuadros, de administradores, de terceros. El aburguesamiento de los partidos socialistas es, ante todo, consecuencia del aburguesamiento de las sociedades occidentales.

Asistimos, en todo caso, en Francia a la acción de un partido

socialista en el poder, que ha hecho una política sindical de derecha, negativa en aumentos de salarios y bloqueo de los precios, y una política internacional de extrema derecha en Argelia, en Suez y en la O. N. U. El hecho es curioso y merece señalarse.

Solamente diremos algunas palabras del partido comunista francés, que no es un partido como los demás; este partido es el reflejo de la política exterior de la U. R. S. S. y los últimos acontecimientos de Polonia y Hungría han demostrado las fluctuaciones y las crisis graves por las que han atravesado el partido en Francia. El ejemplo de Tito y de las otras repúblicas populares del Este, han tenido una fuerte influencia sobre él. Su lucha, como la de todos los otros partidos comunistas del mundo, es la conquista del poder por el establecimiento de una nueva república popular que estaría unida a Moscú, la nueva Roma de la ideología comunista. Es cierto que los graves y profundos sobresaltos que agitan al coloso soviético tienen sus repercusiones sobre el partido comunista francés, cuyas existencias, poder e influencia, no existen sino en función del poder y la fuerza de la U. R. S. S. Una acción importante en Francia, parece excluida por el momento.

CONCLUSIONES

Las democracias del siglo XX son democracias de masas, y este fórmula banal, a causa de haberse repetido tantas y tantas veces, define tres clases de fenómenos distintos: la transformación de los partidos, la cristalización de los grupos sociales, la intervención del Estado en el mecanismo de la economía, bien para remediar las crisis, para dirigir el esfuerzo de guerra o para satisfacer las reivindicaciones populares. Los elegidos del pueblo no son aristócratas o grandes burgueses, como en los parlamentos monárquicos de la primera mitad del siglo anterior, o como en la cámara de los Comunes inglesa del siglo XIX, ni tampoco de los burgueses, notables de provincia o abogados parisinos de las Cámaras de la III República. Son delegados de partidos organizados. Pero algunos de ellos consideran como objetivos incompatibles con el orden existente y movilizan a masas ganadas por un cierto concepto del mundo, inflamadas por la esperanza de un derrumbamiento total, que no están interesadas, evidentemente, en el funcionamiento armonioso del régimen que intentan destruir. Muchas

veces emplean los medios democráticos, ya que su fin no siempre es ejercer el poder, sino de apoderarse de él alguna vez para realizar la Revolución que han prometido a sus seguidores. De ello resulta quebrantado el principio mismo del parlamentarismo, porque la regla de juego es que ni la victoria ni la derrota sean definitivas.

Al mismo tiempo, surgen aparte asambleas ignoradas por las constituciones, organizaciones profesionales cuyo poder varía según los países, pero que se hacen considerables cuando la clase obrera está agrupada completamente en una central única. En las democracias capitalistas, la relación entre gobierno y sindicatos es tan importante como la que existe entre gobierno y asambleas. Los sindicatos obreros no son sino una de las formas adoptadas por el endurecimiento de los grupos sociales. Campesinos, comerciantes, industriales, todos ellos tienen también sus organizaciones diferenciadas según el sector de actividad y las dimensiones de las Empresas. Cualquier decisión gubernamental toca a algunos de los intereses privados que expresan sus quejas o sus protestas con más o menos fuerza. Pero, simultáneamente, el Estado asegura funciones más o menos extendidas. Por una visible evolución, a menos a través de toda la Europa continental, está encaminado a influir decisivamente sobre la coyuntura económica y la repartición de las rentas, por su política monetaria, su política de crédito y, muchas veces, por la determinación de los salarios y la repartición de las materias primas. Está asediado por las organizaciones llamadas profesionales, condenadas a su vez a entrar en el campo político, ya que en régimen de economía semidirigida, la defensa de todos los intereses pasa por el Estado.

La IV República francesa ha curado los males de la dispersión de los grupos, pero ha introducido los males de los partidos de masa. Algunos militantes, muchas veces exteriores al parlamento, ejercen un control sobre los diputados y muchas veces sobre los mismos ministros. Todos los gobiernos son de coalición. El Presidente del Consejo solamente tiene autoridad intermitente sobre sus colaboradores, siempre inclinados a escuchar la voz de su partido mucho más que la del jefe directo. El programa común resulta de compromiso y participa de las inevitables debilidades de los compromisos.

Para remediar la crisis política provocada por el funcionamiento

de los partidos políticos en Francia, el General De Gaulle trazó un plan de una constitución intermediaria entre el régimen presidencial y el régimen parlamentario. El Presidente de la República, elegido por un colegio más amplio, tendría poderes mayores que los que disfrutó bajo la III República y bajo la IV. Podría escoger al Presidente del Consejo y tendría derecho a disolver la Asamblea ante la cual el Gobierno sería responsable. En un régimen presidencial, lo legislativo y lo ejecutivo permanecen frente a frente, sin tener medios de evitarlo; el presidente no disuelve las cámaras que, excepto en momentos excepcionales, no deponen al Presidente. Parece imposible transportar esta teoría o mejor esta práctica, al plano político francés.

La verdad es que la revisión constitucional, dentro de lo que alcanza a la organización de los poderes públicos, no podrá dar sino resultados limitados. La constitución actual es una de las peores que ha tenido Francia; el juego de las mayorías, ordinario y constitucional, es de una complicación molesta; la disolución y la revisión se hacen imposibles casi por las condiciones impuestas. El procedimiento de los decretos-leyes está excluido, y el mecanismo de la cuestión de confianza es tal que si el espíritu del texto se respeta, el Gobierno pierde su único medio de acción sobre la Asamblea. El método de designación y de investidura del Presidente del Consejo no llega, ni mucho menos, al más sencillo y utilizado por la III República.

No tratamos de exponer aquí las distintas soluciones propuestas para modificar y mejorar el régimen actual de los partidos en Francia, ya que son numerosas y contradictorias. Existen una mentalidad —apriorística, muy pronunciada entre los franceses— que hace que la función gubernamental sea un asunto de pura ideología. Esto es casi siempre un método metafísico, más que positivo, que prevalece entre los partidos que se consideran guardianes exclusivos y preponderantes de esta ideología, cualquiera que sea, de derecha o de izquierda. Esta mentalidad apriorística, que desconfía de la experiencia y solamente confía en los principios, procede de esta resultante del espíritu clásico y el espíritu científico en sus principios, que Taine ha denominado el *espíritu jacobino*, y que conduce a un concepto simplificado de las sociedades, basado en la creencia de la bondad natural del hombre que únicamente ha pervertido las malas instituciones, aunque es su-

ficiente hacer buenas leyes para engendrar las buenas costumbres; «una ley que es buena para todos los países, lo mismo que un teorema de geometría, es cierta para todos los espíritus», según decía Condorcet.

Cualquiera que sean los futuros acontecimientos políticos, será difícil olvidar la profunda marca que la existencia de los partidos ha trazado en el mecanismo gubernamental y administrativo de Francia.

DR. JUAN ROGER